

es *bien* entero de todo lo bueno, sin el cual no se puede haber el más pequeño bien de los bienes. Y por esto dice la Escritura (*Isa.*, 40, 17): *Todas las gentes son delante de Dios como si no fuesen, y en nada y en vanidad son reputadas delante de Él.* Y en otra parte está escrito (*Galat.*, 6, 3): *El que piensa que es algo, como sea nada, él se engaña.* Y el Profeta David decía hablando con Dios (*Ps.*, 38, 6): *Yo soy delante de Ti como nada.* En las cuales partes no habéis de entender que las criaturas no tengan ser o vida, u operaciones propias y distintas de las de su Criador; mas porque lo que tienen no lo hubieron de sí, ni lo pueden conservar de sí, sino de Dios y en Dios, dícense no ser, que quiere decir que tienen el ser y la virtud para obrar de mano de Dios, y no de la suya.

Sabed, pues, ahondar bien en el ser y fuerzas que tenéis, y no paréis hasta llegar al fundamento primero, que como firmísimo e indeficiente, y no fundado sobre otro, mas fundamento de todos, os sustenta que no caigáis en el pozo profundo de la nada, de la cual primero os saco. Conoced este arrimo que os tiene, y esta mano que, puesta encima de vos, os hace estar en pie y confesad con David (*Ps.*, 138, 5): *Tú, Señor, me hiciste, y pusiste tu mano sobre mí.* Y pensad que estáis tan colgada de esta virtud de Dios, que si ella faltase en aquel momento vos faltaríades, como faltaría la lumbré que había en una cámara sacando de ella la hacha que la alumbraba o como se quita la lumbré de sobre la tierra por ausencia del sol. Adorad, pues, a este Señor con reverencia profunda como a principio de vuestro ser, y amadle como a continuo bienhechor vuestro y conservador de él, y decidle con corazón y con lengua: Gloria sea a Ti para siempre, poderosa virtud, en la cual me sustento. No tengo, Señor, qué buscar fuera de mí, pues estáis Vos más íntimo a mí, que yo a mí mismo, y que he de pasar por mí para entrar a Vos. Juntad con Él vuestro corazón, unidle con Él amorosamente, y decidle (*Ps.*, 131, 14): *Esta es mi holganza en el siglo del siglo; aquí moraré, porque la escogí.* Y de ahí en adelante sabed hacer presencia a Dios dentro de vos con toda reverencia, pues Él está presentísimo a vos.

Y como habéis entendido, por lo que en vos pasa, cómo Dios es el que os ha dado el ser y el obrar, así en todas las criaturas entendid lo mismo. Y considerando en todas a Dios, seros ha todo un espejo luciente, que os represente al Criador; y así podrá andar vuestra ánima unida con Dios, y en sus alabanzas devota, si vos en las criaturas otra cosa sino a Dios no buscáis.

CAPITULO 65

Cómo ejercitarnos en el conocimiento del ser sobrenatural de gracia aprovecha para alcanzar la humildad.

Si con cuidado habéis entendido en el conocimiento de vos para atribuir a Dios la gloria del ser que tenéis, con mucho mayor debéis de entender en conocer que *el buen ser* que tenéis no es de vos, mas graciosa dádiva de la mano del Señor. Porque si atribuis a Él la gloria de vuestro ser, confesando que no vos, mas *sus manos os hicieron*, y apropiáis para vos la honra de vuestras buenas obras, creyendo que vos os hicisteis buena, mayor honra os tomáis para vos que dáis a Dios, cuanto es más excelente el buen ser que el ser. Por tanto, conviene que con grandísima vigilancia entendáis en conocer a Dios, y teñerle por causa de vuestro bien. Vivid de arte, que no se os quede asida en vuestras manos punta ni repunta de loca soberbia; mas así como conocéis que ningún ser, por pequeño que sea, podéis tener de vos, si Dios no os lo da, así también conoced que no podéis tener de vos el menor de los bienes, si Dios no abre su mano para os lo dar.

Pensad, pues, que así como lo que es nada no tiene ser natural entre las criaturas, así el pecador, por mucho estado y bienes que tenga, faltándole la gracia y espiritual ser, es contado por nada delante los ojos de Dios. Lo cual dice San Pablo (1 Cor., 13, 2) de esta manera: *Si tuviere profecía, y conociere todos los misterios, y toda la ciencia, y tuviere toda la fe, tanto, que pase los montes de una parte a otra, y no tuviere caridad, nada soy.* Lo cual es tanta verdad, que aun el pecador es menos que nada, porque peor

es *mal ser*, que el *no ser*. Y ningún lugar hay tan bajo, ni tan apartado, ni tan despreciado en los ojos de Dios entre todo lo que es y no es, como el hombre que vive en ofensa de Dios, estando desheredado del cielo y sentenciado al infierno.

Y para que tengáis alguna cosa que os despierte algo en el conocimiento de aqueste miserable estado de pecador, oíd esto: Cuando alguna cosa muy contraria a razón y muy desordenada viéredes, pensad, que muy más fea y abominable cosa es estar en desgracia y enemistad de nuestro Señor. ¿Oís decir de algún grave hurto, traición o maldad que alguna mujer a su marido hace, o desacato que algún hijo hace a su padre, o algunas cosas de aquesta manera, que a cualquiera, por ignorante que sea, parecen muy feas, por ser contra toda razón? Pensad vos que ofender a Dios en un solo pecado es mayor fealdad, por ser contra su mandamiento y reverencia, que todas las obras malas que pueden acaecer, por ser contra sola razón. Y pues veis cuán desestimados son todos los que tales fealdades cometen, teneos vos por una cosa muy despreciada, y sumios en el profundo abismo del desprecio que se debe al ofendedor de Dios.

Y así como para conocer vuestra nada os acordasteis del tiempo que no teníades ser, así para conocer vuestra bajeza y vileza acordaos del tiempo que vivíades en ofensa de Dios. Mirad, cuan entrañable y profundamente y despacio pudiéredes, en cuán miserable estado estuvisteis cuando delante de los ojos de Dios estábades fea y desagradable, y contada por nada y menos que nada. Porque ni los animales, por feos que sean, ni otras criaturas, por más bajas que sean, no han hecho pecado contra nuestro Señor, ni están obligadas a fuegos eternos como vos estábades. Y despreciaos y abajaos en el más profundo lugar que pudiéredes muy despacio; que seguramente podéis creer que, por muy mucho que os despreciéis, no podéis bajar al abismo del desprecio que merece el ofendedor del infinito Bien, que es Dios. Porque hasta que veáis en el cielo cuán bueno es Dios, no podéis del todo conocer cuán malo sea el pecado, y cuánto mal merece quien lo comete. Y después de haber bien sentido en el ánima y embebido en ella aquesta desestima de vos misma, alzad vuestros ojos a Dios, considerando la infi-

nita bondad que de pozo tan hondo os sacó, siendo para vos cosa imposible; y mirad aquella suma Bondad, que con tanta misericordia os sacó, sin haber en vos merecimientos para ello, antes muy grandes desmerecimientos. Porque artes que Dios dé la gracia, aunque no todo lo que el hombre hace sea pecado, mas ninguna cosa hace ni puede hacer con que merezca el perdón ni la gracia de Dios. Sabed, que quien os sacó de vuestras tinieblas a su admirable lumbre (Colos., 1, 13), y os hizo de enemiga, amiga, y de esclava, hija, y de no valer nada os hizo tener ser agradable en sus ojos, Dios fué. Y la causa por que lo hizo no fueron vuestros merecimientos pasados, ni el respeto de los servicios que le habíades de hacer, mas fué por su sola bondad, y por merecimiento de nuestro único medianero, Jesucristo nuestro Señor. Contad por vuestro el mal estado en que estábades, y contad el infierno por lugar debido a vuestros pecados que hicisteis o hiciérades, si por Dios no fuera. Que lo que de más de esto tenéis, a Dios y a su gracia os conced por deudora. Oíd lo que dice el Señor a sus amados discípulos, y a nosotros en ellos (Jn., 15, 16): *No vosotros escogisteis a Mí, mas Yo a vosotros.* Mirad lo que dice el Apóstol San Pablo (Rom., 3, 24): *Justificados sois de balde por la gracia de Dios, por la redención que está en Jesucristo.* Y asentad en vuestro corazón, que así como tenéis de Dios el ser, sin que atribuyáis a vos gloria de ello, así tenéis de Dios el buen ser; y lo uno y lo otro para gloria suya. Y traed en la lengua y en el corazón lo que dice San Pablo (1 Cor., 15, 10): *Por la gracia de Dios soy lo que soy.*

CAPITULO 66

En que se prosigue más en particular el sobredicho ejercicio, de que se ha tratado en el capítulo pasado.

Allende de lo dicho, considerad que, así como cuando érades nada no teníades fuerza para moveros, ni para ver, ni oír, ni gustar, ni entender, ni querer; más dándoos Dios el ser, os dió aquestas potencias

y fuerzas; así no sólo el hombre que está en pecado mortal está privado del ser agradable delante los ojos de Dios, mas está sin fuerzas para obrar obras de vida que agraden a Dios. Y por esto, si algún cojo viéredes o manco, pensad que así está el hombre sin gracia en su ánima; si algún ciego, sordo o mudo, tomadlo por espejo en que os miréis; y en todos los enfermos, leprosos, paralíticos, y que tienen los cuerpos corvados y los ojos puestos en tierra, con toda la otra muchedumbre de enfermedades que presentaban delante el acatamiento de Jesucristo, nuestro verdadero Médico, entended que tan perdidos están los malos, cuanto a los espirituales sentidos, cuanto estaban aquéllos en los corporales. Y mirad, como una piedra con el peso que tiene es inclinada a ir hacia abajo; así, por la corrupción del pecado original que traemos, tenemos una vivísima inclinación a las cosas de nuestra carne, y de nuestra honra, y de nuestro provecho, haciendo ídolo de nosotros, y obrando nuestras obras, no por amor verdadero de Dios, sino por el nuestro. Estamos vivísimos a las cosas terrenales y que nos tocan, y muertos para el gusto de las cosas de Dios. Manda en nosotros lo que había de obedecer, y obedece lo que había de mandar. Y estamos tan miserables, que, debajo de cuerpo humano y derecho, traemos escondidos apetitos de bestias y corazones encorvados hacia la tierra. Qué os diré, sino que en cuantas cosas faltas (1), y feas, y secas, y desordenadas viéredes, en tantas miréis y conozcáis la corrupción y desorden que el hombre, que está sin espíritu de Dios, tiene en sus sentidos y obras; y ninguna de estas cosas veáis, que luego no entréis en vos misma a considerar que aquello sois vos de vuestra parte, si Dios no os hubiera dado salud.

Y si verdaderamente estáis sana, habéis de conocer que quien os abrió los sentidos para las cosas de Dios, quien sujetó vuestros afectos debajo de vuestra razón, quien os hizo amargo lo que os era dulce, y os puso gana en lo que antes tan desabrida estabades, obrando en vos obras nuevas, Dios fué; y según dice San Pablo (*Phil.*, 2, 13): *Dios es el que obra en nosotros el querer, y el acabar, por su buena voluntad.*

(1) *Faltas* (de *falto*): defectuosas.

Mas no entendáis por esto que el libre albedrío del hombre no obre cosa alguna en las obras buenas, porque esto sería grande ignorancia y error; mas dicese que *Dios obra el querer y el acabar*, porque Él es el principal obrador en el ánima del justificado, y el que mueve y suavemente hace que el libre albedrío obre y sea su ayudador, como dice San Pablo (1 Cor., 3, 9): *Ayudadores somos de Dios*. Lo cual hace *incitándolo* Dios, y *ayudándolo* a que dé libremente su consentimiento en las buenas obras; y por eso obra el hombre, pues que de su voluntad propia y libre quiere lo que quiere, y obra lo que obra, y en su mano está no lo hacer. Mas Dios obra más principalmente, produciendo la buena obra, y ayudando al libre albedrío para que también la produzca; y la gloria de lo uno y de lo otro a sólo Dios se debe.

Por tanto, si queréis acertar en aquesto, no queráis escudriñar qué bienes tenéis de naturaleza y libre albedrío, y qué bienes de gracia, porque esto para los sabios es; mas a ojos cerrados seguís por la sagrada fe, que nos amonesta que de los unos y de los otros hemos de dar la gloria de Dios; y que *nosotros de nosotros mismos no somos suficientes ni aun para pensar un buen pensamiento* (2 Cor., 3, 5). Mirad lo que dice San Pablo reprendiendo al que se atribuye a sí mismo algún bien (1 Cor., 4, 7): *¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y pues lo has recibido, ¿de qué te glorías como si no lo hubieses recibido?* Como si dijese: Si tienes la gracia de Dios con que le agradas, y haces obras muy excelentes, no te gloríes en ti, mas en quien te la dió, que es Dios. Y si te glorías de usar bien de tu libre albedrío, o en consentir con él a los buenos movimientos de Dios y su gracia, tampoco te glorías en ti, mas en Dios que hizo que tú consintieses, incitándote y moviéndote suavemente, y dándote el mismo libre albedrío con que tú libremente consientas. Y si te quisieres gloriar de que, pudiendo resistir al buen movimiento e inspiración de Dios, no lo resistes, tampoco te debes gloriar, pues eso no es hacer, mas dejar de hacer; y aun esto también lo debes a Dios, que ayudándote a consentir en el bien, te ayudó para no resistirlo. Y cualquier buen uso de tu libre albedrío en lo que toca a tu salvación, dádiva es de Dios, que desciende de aquella misericordiosa predestinación con que deter-

minó *ab aeterno* de te salvar. Sea, pues, toda tu gloria en sólo Dios, de quien tienes todo el bien que tienes; y piensa que sin Él no tienes de tu cosecha sino nada, y vanidad y maldad.

Y conforme a esto dice una glosa sobre aquello de San Pablo (*Galat.*, 6, 3): *El que piensa ser algo, como no sea nada, a sí mismo se engaña*; que el hombre de sí mismo no es sino vanidad y pecado; y si otra cosa más es, por el Señor Dios lo es. Y conforme a esto dice San Agustín: «Abrístemme los ojos, Luz, y despertástemme, y alumbrástemme; y vi que es tentación la vida del hombre en esta tierra, y que ningún buen hombre se puede gloriarse delante de ti, ni es justificado todo hombre que vive; porque si algún bien hay, chico o grande, don tuyo es, y lo que es nuestro, no es sino mal. ¿Pues de dónde se gloriará todo hombre? ¿Por dicha del mal? Esta no es gloria, sino miseria. ¿Pues gloriarse ha del bien? No, porque es ajeno. Tuyo es, ¡oh Señor!, el bien, tuya es la gloria.» Y concordando con esto dice el mismo San Agustín: «Yo, Señor Dios nuestro, confieso a Ti mi pobreza, y a Ti sea toda la gloria, porque tuyo es todo el bien que yo haya hecho. Yo confieso, según me has enseñado, que otra cosa no soy sino vanidad y sombra de muerte, y un tenebroso abismo, *tierra vana y vacía*, que sin tu bendición no hace fruto, sino confusión y pecado y muerte. Si algún bien en cualquiera manera tuve, de Ti lo recibí; cualquiera bien que tengo, tuyo es, de Ti lo tengo. Si algún tiempo estuve en pie, por Ti lo estuve; mas cuando caí, por mí caí. Y siempre me hubiera estado caído en el lodo, si no me hubieras levantado Tú; y siempre fuera ciego, si Tú no me hubieras alumbrado. Cuando caí nunca me hubieras levantado, si Tú no me hubieras dado tu mano; y después que me levantaste, siempre hubiera caído, si no me hubieras tenido. Muchas veces me hubiera perdido, si Tú no me hubieras guardado. Y así, Señor, siempre tu gracia y tu misericordia anduvo delante de mí, librándome de todos males, salvándome de los pecados, despertándome de los presentes, guardándome de los por venir, y cortando delante de mí los lazos de los pecados, quitando las ocasiones y causas. Porque si Tú, Señor, esto no hubieras hecho, todos los pecados del mundo hubiera yo hecho; porque sé que ningún pecado hay que en cualquiera

manera lo haya hecho un hombre, que no lo pueda hacer otro hombre, si se aparta el Guiador, por el cual es hecho el hombre. Mas Tú hiciste que yo no lo hiciese, y Tú mandaste que me abstuyese; y Tú me infundiste gracia para que te creyese; porque Tú, Señor, me regías para Ti, y me guardabas para Ti, y me diste gracia y lumbre para no cometer adulterio y todo otro pecado.»

CAPITULO 67

En que se prosigue el sobredicho ejercicio; y de la grande luz que el Señor, mediante él, suele obrar en las almas, con la cual conocen la grandeza de Dios y la nada de su pequeñez.

Considerad, pues, doncella, con atención estas palabras de San Agustín, y veréis cuán ajena debéis de estar de atribuir a vos gloria alguna, no sólo de levantaros de vuestros pecados, mas de teneros que no tornádes a caer. Porque así como os dije que, si la mano de Dios de vos se apartase, en aquel punto tornaríades al abismo de vuestra nada en que antes estábades, así apartando Dios su guarda de vos, tornaríades a los pecados, y a otros peores que donde Él os sacó. Sed por eso humilde y agradecida a este Señor, de quien tanta necesidad en todo tiempo tenéis, y conoced que estáis colgada de Él, y que todo vuestro bien depende de su mano bendita, según dice David (Ps. 30, 15): *En tus manos, Señor, están mis suertes.* Y llama *suertes* a la gracia de Dios y a la eterna predestinación, las cuales por la bondad de Dios vienen y se conceden a quien se conceden. Y así como si Él os quitase el ser que os dió, os tornaréis nada, así quitándoos la gracia quedaréis pecadora.

Lo cual no se os dice para que caigáis en desmayo ni desesperación, por ver cuán colgada estáis de las manos de Dios; mas para que tanto con más seguridad gocéis de los bienes que Dios os ha dado, y tengáis confianza en su misericordia que acabará con vos lo que ha comenzado, cuanto con mayor humildad y profunda reverencia y santo temor estuviéredes postrada a sus pies, temblando y sin ningún arrimo de

vuestra parte, y confiando de la suya. Porque ésta es una buena señal que no os desamparará su infinita bondad. según lo cantó aquella bendita y sobre todas humilde María, diciendo (*Lc.*, 1, 50): *La misericordia de Él, de generación en generación sobre los que le temen.*

Y si el Señor es servido de os dar este conocimiento que deseáis, sentiréis que viene en vos una celestial lumbré y sentimiento en el ánimo, con que quitadas unas gruesas tinieblas, conoce y siente ningún bien ni ser ni fuerza haber en todo lo criado, más de aquello que la bendita y graciosa voluntad de Dios ha querido dar y quiere conservar. Y conoce entonces cuán verdadero cantar es aquél: *Llenos son los cielos y la tierra de tu gloria* (*Is.*, 6). Porque en todo lo criado no ve cosa que buena sea, cuya gloria no sea de Dios. Y entiende con cuánta verdad dijo Dios a Moisés que dijese a los hombres (*Ex.*, 3, 14): *El que es, me envió a vosotros.* Y lo que dijo el Señor en el Evangelio (*Mc.*, 10, 19): *Ninguno es bueno, sino sólo Dios.* Porque como todo el ser que tengan las cosas y todo el bien, ahora sea de libre albedrío, ahora de la gracia, sea dado y conservado de la mano de Dios, conoce que más se puede decir que Dios es en ellas y obra el bien en ellas, que ellas de sí mismas; no porque ellas no obren, mas porque obran como causas segundas, movidas por Dios, principal y universal Hacedor, del cual ellas tienen la virtud para obrar. Y así, mirando a ellas, no les halla tomo ni arrimo en sí propias, sino en aquel infinito Ser que las sustenta; en cuya comparación parecen todas ellas, por grandes que sean, como una pequeña aguja en un infinito mar.

Y de este conocimiento de Dios resulta en el ánimo que de él se aprovecha, una profunda y leal reverencia a la sobreexcelente Majestad divinal, que le pone tanto aborrecimiento de atribuir a sí misma ni a otra criatura algún bien, que ni aun pensar en ello no quiere: considerando que así como el casto José (*Gén.*, 39, 8) no quiso hacer traición a su señor, aunque fué requerido de la mujer de él, así no debe el hombre alzarse con la honra de Dios, la cual Él quiere para sí, como el marido a su propia mujer, según está escrito (*Isa.*, 42, 8): *Mi gloria no la daré a otro.* Y está entonces el hombre tan fundado en

esta verdad, que aunque todo el mundo le ensalzase, él no se ensalzaría; mas como verdadero justo, desnúdase de la honra que ve no ser suya, y dala al Señor cuya es. Y en esta luz ve que mientras más alto está, más ha recibido de Dios y más le debe, y más pequeño y abajado es en sí mismo. Porque quien de verdad crece en otras virtudes, también lo ha de hacer en la humildad, diciendo a Dios (*Jn.*, 3, 30): *A Ti conviene crecer en mí, y a mí ser abajado cada día más en mí.*

Y si con estas consideraciones ya dichas no halláredes en vos el fruto del propio desprecio que deseáis, no desmayéis, mas llamad con perseverante oración al Señor; que Él sabe y suele enseñar interiormente y con semejanzas exteriores lo poco en que la criatura se ha de estimar. Y en tanto que viene esta misericordia, vivid en paciencia; y conoceos por soberbia; lo cual es alguna parte de humildad, como el tenerse por humilde es señal de soberbia.

CAPITULO 68

En que se comienza a tratar de la consideración de Cristo nuestro Señor, y de los misterios de su vida y muerte; y de la mucha razón que hay para nos ejercitar en esta consideración; y de los grandes frutos que de ella nos vienen.

Los que mucho se ejercitan en el propio conocimiento, como tratan a la continua, y muy de cerca, sus propios defectos, suelen caer en grandes tristezas, desconfianzas y pusilanimidad de corazón; por lo cual es necesario que se ejerciten en otro conocimiento que les alegre y esfuerce, mucho más que el primero les desmayaba. Y para esto, ninguno otro hay igual como el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor; especialmente pensando cómo padeció y murió por nosotros. Esta es la *nueva alegre, predicada* en la nueva Ley a todos los quebrantados de corazón (*Isai.*, 61, 1), y les es dada una medicina muy más eficaz para su consuelo, que sus llagas les pueden desconsolar. Este Señor crucificado es el que alegra a los que el conocimiento de sus propios pecados entristece, y el que absuelve a los que la Ley conde-

na, y el que hace hijos de Dios a los que eran esclavos del demonio. A éste deben procurar conocer y allegarse todos los adeudados con espirituales deudas de pecados que han hecho, y que por ello están en angustia y amargura de corazón cuando se miran; e irles ha bien, como en otro tiempo se llegaron a David (1 Reg., 22, 2), adeudados y angustiados con deudas de acá, y sintieron provecho con su compañía.

Porque así como se suele dar por consejo que miren arriba o fuera del agua a los que pasan algún río y se les desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, así quien sintiere desmayo mirando sus culpas, alce sus ojos a Jesucristo puesto en la cruz y cobrará esfuerzo. Porque no en balde se dijo (Ps. 41, 7): *En Mí mismo fué mi ánima conturbada; y por esto me acordaré de ti, de la tierra de Jordán y de los montes de Hermón y monte pequeño* (1). Porque los misterios que Cristo obró en su Bautismo y Pasión son bastante para sosegar cualquier tempestad de desconfianza que en el corazón se levante. Y así por esto, como porque ninguno libro hay tan eficaz para enseñar al hombre todo género de virtud, ni cuánto debè ser el pecado aborrecido y la virtud amada, como la Pasión del Hijo de Dios; y también porque es extremo de desagradecimiento poner en olvido un tan inmenso beneficio de amor, como fué padecer Cristo por nos, conviene, después del ejercicio de vuestro conocimiento, ocuparos en el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor. Lo cual nos enseña San Bernardo (2) diciendo: «Cualquiera que tiene sentido de Cristo, sabe bien cuán expediente sea a la piedad cristiana, cuánto convenga, y cuánto provecho le trae al siervo de Dios y siervo de la redención de Cristo, acordarse con atención a lo menos una hora del día, de los beneficios de la Pasión y Redención de nuestro Señor Jesucristo, para gozar suavemente en la conciencia, y para asentarlos fielmente en la memoria.» Esto dice San Bernardo; el cual así lo hacía.

Y allende de esto sabed, que así como queriendo Dios comunicar con los hombres las riquezas de su

(1) Véase el Tratado 26 del Santísimo Sacramento.

(2) *Ad fratres de Monte Dei.*

Divinidad, tomó por medio hacerse hombre, para que en aquella bajeza y pobreza se pudiese conformar con la pequeña capacidad de los pobres y bajos, y juntándose a ellos, los levantase a la alteza de Él; así el camino usado de comunicar Dios su Divinidad con las ánimas es por medio de su sacra Humanidad. Esta es *la puerta por donde el que entrare será salvo* (Jn., 10, 9); y *la escalera por donde suben al cielo* (Gen., 28, 12). Porque quiere Dios Padre honrar la Humanidad y humildad de su Unigénito Hijo, en no dar su amistad sino a quien las creyere; y no dar su familiar comunicación sino a quien con mucha atención las pensare.

Y pues no es razón que dejéis de desear estos bienes, haceos *esclava de esta sagrada Pasión*, pues por ella fuisteis libertada del cautiverio de vuestros pecados, y de los infernales tormentos, y os vendrán los bienes ya dichos. Y no sea a vos pesado el *pensar* lo que a Él con vuestro gran amor no le fué pesado *pasar*. Sed vos una de las ánimas a quien dice el Espíritu Santo en los Cantares (3, 11): *Salid y mirad, hijas de Sión, al Rey Salomón con la guirnalda con que le coronó su madre en el día del desposorio de Él, y en el día de la alegría del corazón de Él*. En ninguna parte de la Santa Escritura se lee que el Rey Salomón fuese coronado con guirnalda o corona por mano de su madre Bersabé en el día del desposorio de él; y por esto, porque según la historia no conviene al Salomón pecador, por fuerza, pues la Escritura no puede faltar, lo hemos de entender de otro Salomón verdadero, el cual es Cristo. Y con mucha razón; porque Salomón quiere decir *pacífico*; el cual nombre le fué puesto porque no trajo guerras en su tiempo como las trajo su padre David. Por lo cual quiso Dios, que no David, *varón de sangres* (1), mas su pacífico hijo edificase aquel tan solemne Templo de Jerusalén (2 Reg., 7, 13) en que fuese Dios adorado. Pues si por ser pacífico Salomón en la paz mundana, que algunas veces los Reyes, aunque malos, la suelen en sus reinos tener, le fué puesto nombre de pacífico, ¿con cuánta más razón conviene a Cristo, el cual hizo paz espiritual entre Dios y los hom-

(1) *Varón de sangres*: frase bíblica que significa derramador de sangre, sanguinario.

bres, no sin su costa, mas cayendo sobre Él la pena de nuestros pecados que causaban la enemistad? Item hizo paz entre los dos tan contrarios pueblos, de los judíos y gentiles, *quitando la pared de la enemistad que estaba en medio*, como dice San Pablo (*Ephes.*, 2, 14); conviene a saber, las ceremonias de la vieja Ley, y la idolatría de la gentilidad, para que unos y otros, dejadas sus particularidades y ritos que de sus pasados traían, viniesen a una nueva Ley, debajo de *una fe*, y de *un Bautismo* y de *un Señor*, esperando partir una misma herencia, por ser todos hijos de *un Padre* del cielo (*Ephes.*, 4, 5), que los tornó a engendrar otra vez por agua y Espíritu Santo, con mayor ganancia y honra que la primera vez fueron engendrados de sus padres de carne para miseria y deshonra. Y estos bienes todos son por Jesucristo, pacificador de cielos y tierra, y de una gente con otra, y de un hombre dentro de sí mismo, cuya guerra es más trabajosa, y la paz más deseada. Estas paces no las pudo hacer Salomón, mas tuvo el nombre, en figura del verdadero pacificador, así como la paz de Salomón, que es temporal, tiene figura y es sombra de la espiritual que no tiene fin.

Pues si bien os acordáis, esposa de Cristo, de lo que es razón que nunca os olvidéis, *la Madre de este Salomón* verdadero, que fué y es la bendita Virgen María, hallaréis haberle coronado con *guirnalda hermosa*, dándole carne sin ningún pecado en el día de la Encarnación, que fué *día* de ayuntamiento y *desposorio* del Verbo divino con aquella santa Humanidad, y del Verbo hecho hombre con su Iglesia, que somos nosotros. De aquel sagrado vientre salió Cristo, como *Esposo que sale del tálamo* (*Ps.* 18, 6), y comenzó a correr su carrera como *fuerte gigante*, tomando a pechos la obra de nuestra Redención, que fué la más dificultosa que se podía emprender. Y al fin de la carrera en el día del Viernes Santo, casó por palabras de presente con esta su Iglesia, por quien había trabajado, como Jacob por Raquel (*Gen.*, 29, 20, 30). Porque entonces le fué sacada de su costado, estando Él durmiendo el sueño de muerte, a semejanza de Eva sacada de Adán, que dormía (*Gen.*, 2, 21). Y por esta obra tan excelente y de tanto amor en aquel día obrada, llama Cristo a este día, *mi día*, cuando dice en el Evangelio (*Jn.*, 8, 56): *Abraham, vuestro*

padre, se gozó para ver mi día; viólo, y gozóse. Lo cual fué, como dice Crisóstomo, cuando a Abraham fué revelada la muerte de Cristo, en semejanza de su hijo Isaac, que Dios le mandó sacrificar en el monte Moria, que es el monte Sión (*Gen.*, 22, 9); entonces *vió este penoso día, y se gozó.* ¿Mas por qué se gozó? ¿Por ventura de los azotes, o tristezas o tormentos de Cristo? Cierto es haber sido la tristeza de Cristo tanta, que bastaba para hacer entristecer de compasión a cualquiera, por mucha alegría que tuviese. Si no, díganlo sus tres amados Apóstoles, a los cuales dijo (*Mt.*, 26, 38): *Triste es mi anima hasta la muerte.* ¿Qué sintieron sus corazones al sonido de esta palabra? La cual suele, aun a los que de lejos la oyen, lastimar su corazón con agudo cuchillo de compasión. Pues sus azotes, tormentos, clavos y cruz fueron tan lastimeros, que por duro que uno fuera y los viera, se moviera a compasión. Y aun no sé si los mismos que le atormentaban, viendo su mansedumbre en el sufrir y la crueldad de ellos en el herir, algún rato se compadecían de quien tanto padecía por ellos, aunque ellos no lo sabían. Pues si los que a Cristo aborrecían pudieran ser entristecidos por ver sus tormentos, si del todo piedras no fueran, ¿qué diremos de un hombre tan amigo de Dios como fué Abraham, que *se gozase de ver el día* en que Cristo tanto trabajo pasó? (3).

CAPITULO 69

En que se prosigue lo dicho en el capítulo pasado, declarando de la Pasión de Cristo un lugar de los Cantares.

Mas porque de esto no os, maravilléis, oíd otra cosa más maravillosa, la cual dicen las dichas palabras de los Cantares: Que esta guirnalda le fué puesta *en el día del alegría del Corazón de Él.* ¿Cómo es aquesto? El día de sus excesivos dolores, que lengua no hay que los pueda explicar, ¿llamáis día de alegría de Él? Y no alegría fingida y de fuera, mas dicen: *en el día del alegría del Corazón de Él.*

(3) Véase el Tratado 2.º del Santísimo Sacramento.

¡Oh alegría de los ángeles, y río del deleite de ellos, en cuya faz ellos desean mirar, y de cuyas sobrepujantes ondas ellos son embestidos, viéndose dentro de Ti, nadando en tu dulcedumbre tan sobrada! ¿Y de qué se alegra tu Corazón en el día de tus trabajos? ¿De qué te alegras entre los azotes, y clavos, y deshonras y muerte? ¿Por ventura no te lastiman? Lastimante, cierto, y más a Ti que a otro ninguno, pues tu complexión era más delicada. Mas porque te lastiman más nuestras lástimas, quieres Tú sufrir de muy buena gana las tuyas, porque con aquellos dolores quitabas los nuestros. Tú eres el que dijiste a tus amados Apóstoles antes de la Pasión (Lc., 22, 15): *Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes que padezca.* Y Tú eres el que antes dijiste (Lc., 12, 49): *Fuego vine a traer a la tierra, ¿qué quiero sino que se encienda? Con bautismo tengo de ser bautizado, ¿cómo vivo en estrechura hasta que se ponga en efecto!* El fuego de amor de Ti, que en nosotros quieres que arda hasta encendernos, abrasarnos y quemarnos lo que somos, y transformarnos en Ti, Tú lo soplas con las mercedes que en tu vida nos hiciste, y lo haces arder con la muerte que por nosotros pasaste. ¿Y quién hubiera que te amara, si Tú no murieras de amor por dar vida a los que, por no amarte, están muertos? ¿Quién será leño tan húmedo y frío, que viéndote a Ti, árbol verde, del cual quien come vive, ser encendido en la cruz, y abrasado con fuego de tormentos que te daban, y del amor con que Tú padecías, no se encienda en amarte aun hasta la muerte? ¿Quién será tan porfiado, que se defienda de tu porfiada recuesta, en que tras nos anduviste desde que naciste del vientre de la Virgen, y te tomó en sus brazos, y te reclinó en el pesebre, hasta que las mismas manos y brazos de Ella te tomaron cuando te quitaron muerto de la cruz, y fuiste encerrado en el santo sepulcro como en otro vientre? Abrasástete, porque no quedásemos fríos; lloraste, porque riésemos; padeciste, porque descansásemos; y fuiste bautizado con el derramamiento de tu sangre, porque nosotros fuésemos lavados de nuestras maldades.

Y dices, Señor: *¿Cómo vivo en estrechura, hasta que este bautismo se acabe!*, dando a entender cuán encendido deseo tenías de nuestro remedio, aunque

sabías que te había de costar la vida. Y como el esposo desea el día de su desposorio para gozarse, Tú deseas el día de tu Pasión para sacarnos con tus penas de nuestros trabajos. Una hora, Señor, se te hacía mil años para haber de morir por nosotros, teniendo tu vida por bien empleada en ponerla por tus criados. Y pues lo que se desea trae gozo cuando es cumplido, no es maravilla que se llame *día de tu alegría* el día de tu Pasión, pues era deseado por Ti. Y aunque el dolor de aquel día fué muy excesivo, de manera que en tu persona se diga (*Thren.*, 1, 12): *Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino: atended, y ved si hay dolor que se iguale con el mío;* mas el amor que en tu Corazón ardía, sin comparación era mayor. Porque si menester fuera para nuestro provecho que Tú pasaras mil tanto de lo que pasaste, y te estuvieras enclavado en la cruz hasta que el mundo se acabara, con determinación firme subiste en ella para hacer y sufrir todo lo que para nuestro remedio fuese necesario (1).

De manera, que más amaste que sufriste, y más pudo tu amor que el desamor de los sayones que te atormentaban. Y por esto quedó vencedor tu amor, y como *llama viva, no la pudieron apagar los ríos grandes* (*Cant.*, 8, 7) y muchas pasiones que contra Ti vinieron. Por lo cual, aunque los tormentos te daban tristeza y dolor muy de verdad, tu amor se holgaba del bien que de allí nos venía. Y por eso se llama *día de alegría de tu corazón*. Y *este día vió Abraham, y gozóse*, no porque le faltase compasión de tantos dolores, mas porque veía que el mundo y él habían de ser redimidos por ellos.

Pues en este día *salid, hijas de Sión*—que son las ánimas que atalayan a Dios por fe—, *a ver al pacífico Rey*, que con sus dolores va a hacer la paz deseada. Miradle, pues para mirar a Él os son dados los ojos. Y entre todos sus atayíos de desposorio que lleva, mirad a *la guirnalda* de espinas que en su cabeza divina lleva; la cual, aunque la tejieron y se la pusieron los caballeros de Pilato, que eran gentiles, dícese habérsela puesto *su madre*, que es la Sinagoga, de cuyo linaje Cristo descendía, según la carne; porque

(1) Hermosamente desarrolla este asunto el autor en el *Tratado del Amor de Dios*.

por la acusación de la Sinagoga, y por complacer a ella, fué Cristo así atormentado.

Y si alguno dijere: Nuevos atavíos de desposado son éstos; por guirnalda, lastimera corona; por atavíos de pies y manos, clavos agudos que se los traspasan y rompen; azotes por cinta; los cabellos pegados y enrubiados con su propia sangre; la sagrada barba arrancada; las mejillas bermejas con boietadas; y la cama blanda, que a los desposados sueien dar con muchos olores, tórnase en áspera cruz, puesta en lugar donde justificaban los malhechores. ¿Qué tiene que ver este abatimiento extremo con atavíos de desposorio? ¿Qué tiene que ver acompañado de ladrones, con ser acompañado de amigos, que se huelgan de honrar al nuevo desposado? ¿Qué fruta, qué música, qué placeres vemos aquí, pues la Madre y amigos del Desposado comen dolores y beben lágrimas, y los ángeles de la paz *iloravan amargamente?* (Isai., 33, 7.) No hay cosa más lejos de desposorio que todo lo que aquí parece.

Mas no es de maravillar tanta novedad, pues el Desposado y el modo del desposar todo es nuevo. Cristo es hombre nuevo, porque es sin pecado, y porque es Dios y Hombre. Y despósase con nosotros, ieos, pobres y llenos de males; no para dejarnos en ellos, mas para matar nuestros males, y darnos sus bienes. Por lo cual convenia, según la ordenanza divina, que pagase Él por nosotros, tomando nuestro lugar y semejanza, para que con aquella semejanza de deudor sin serlo, y con aquel duro castigo sin haber hecho por qué, quitase nuestra fealdad, y nos diese su hermosura y riquezas. Y porque ningún desposado puede hacer a su esposa de mala, buena; ni de infernal, celestial; ni de fea en el ánima, hermosa, por eso buscan los hombres las esposas que sean buenas, hermosas y ricas, y van el día del desposorio ataviados a gozar de los bienes que ellas tienen, y que ellos no les dieron. Mas nuestro nuevo Esposo ninguna ánima halla hermosa ni buena, si Él no la hace. Y lo que nosotros le podemos dar, que es nuestra dote, es la deuda que debemos de nuestros pecados. Y porque Él quiso abajarse a nosotros, tal le paramos, cuales nosotros estábamos. Y tal nos paró, cual Él es; porque destruyendo con nuestra semejanza nuestro hombre viejo, nos puso su imagen de hombre nuevo y

celestial. Y esto obró Él con aquestos atavíos que parecen fealdad y flaqueza, y son altísima honra y grandeza, pues pudieron deshacer nuestros muy antiguos y endurecidos pecados, y traernos a gracia y amistad del Señor, que es lo más alto que se puede ganar.

Este es el espejo en que os habéis de mirar, y muchas veces al día, para hermohear lo que viéredes feo en vuestra ánima. Y ésta es la señal puesta en alto (*Num.*, 21, 8) para que *de cualquier vibora que seáis mordida, miréis aquí* y recibáis la salud en sus llagas. Y en cualquier bien que os viniere, miréis aquí y os sea conservado, dando gracias a este Señor, por cuyos trabajos nos vienen todos los bienes.

CAPITULO 70

Que es muy importante el ejercicio de la oración, y de los grandes provechos que de ella se sacan.

Pues que ya habéis oído que la luz que vuestros ojos han de mirar es Dios humanado y crucificado, resta deciros qué modo tendréis para le mirar, pues que esto ha de ser con ejercicio de devotas consideraciones y habla interior que en la oración hay.

Mas primero que os digamos el modo que habéis de tener en la oración, conviene deciros cuán provechoso ejercicio sea, especialmente para vos, que habiendo renunciado al mundo, os habéis toda ofrecido al Señor; con el cual os conviene tener muy estrecha y familiar comunicación, si queréis gozar de los dulces frutos de vuestro religioso estado.

Y por oración entendemos aquí una secreta e interior habla con que el ánima se comunica con Dios, ahora sea pensando, ahora pidiendo, ahora haciendo gracias, ahora contemplando, y generalmente por todo aquello que en aquella secreta habla se pasa con Dios. Porque aunque cada cosa de éstas tenga su particular razón, no es mi intento tratar aquí sino de este general que he dicho, de cómo es cosa muy importante que el ánima tenga con su Dios esta particular habla y comunicación.

Para prueba de lo cual, si ciegos no estuviesen los hombres, bastaba decirles que daba Dios licencia para que todos los que quisiesen pudiesen entrar a hablarle

una vez en el mes o en la semana, y que les daría audiencia de muy buena gana, y remediaría sus males, y haría mercedes, y habría entre Él y ellos conversación amigable de Padre con hijos. Y si diese esta licencia para que le pudiesen hablar cada día, y si la diese para que muchas veces al día, y si también para que toda la noche y el día, o todo lo que de este tiempo pudiesen y quisiesen estar en conversación del Señor, Él lo habría por bueno, ¿quién sería el hombre, si piedra no fuese, que no agradeciese tan larga y provechosa licencia, y no procurase de usar de ella todo el tiempo que le fuese posible, como de cosa muy conveniente para ganar honra, por estar hablando con su Señor; y deleite, por gozar de su conversación; y provecho, porque nunca iría de su presencia vacío? ¿Pues por qué no se estimará en mucho lo que el Altísimo ofrece, pues se estimaría si lo ofreciese un rey temporal, que en comparación del Altísimo, y de lo que de su conversación se puede sacar, el rey es gusano, y lo que puede dar uno y todos es un poco de polvo? ¿Por qué no se huelgan los hombres de estar con Dios, pues (*Prov.*, 8, 31) *los deleites de Él son estar con los hijos de los hombres? No tiene su conversacion amargura* (*Sap.*, 8, 16), sino alegría y gozo; ni su condición tiene escasez para negar lo que le piden. Y Padre nuestro es, con el cual nos habíamos de holgar, conversando, aunque ningún otro provecho de ello viniera. Y si juntáis con esto que no sólo nos da licencia para que hablemos con Él, mas que nos ruega, aconseja, y alguna vez manda, veréis cuánta es su bondad y gana de que conversemos con Él, y cuánta nuestra maldad de no querer ir, rogados y pagados, a lo que debíamos ir rogando y ofreciendo por ello cualquier cosa que nos fuese pedida.

Y en esto veréis cuán poco sentimiento tienen los hombres de las necesidades espirituales, que son las verdaderas: pues quien verdaderamente las siente, verdaderamente ora, y con mucha instancia pide remedio. Un refrán dice: «Si no sabes orar, entra en la mar.» Porque los muchos peligros en que se ven los que navegan, les hace clamar a nuestro Señor. Y no sé por qué no ejercitamos todos este oficio, y con diligencia, pues ahora andamos por tierra, ahora por mar, andamos en peligros de muerte; o del ánima.

si caemos en pecado mortal, o de cuerpo y ánima, si no nos levantamos por la penitencia de aquel en que hemos caído. Y si los cuidados percederos, y el polvo que en los ojos traemos, nos diesen lugar de cuidar y mirar las necesidades de nuestro corazón, cierto andaríamos dando clamores a Dios, diciendo con todas entrañas (*Mt.*, 6, 13): *¡No nos dejéis caer en la tentación!* (*Ps.*, 34, 22): *¡Señor, no te apartes de mí,* y otras semejantes palabras, conformes al sentimiento de la necesidad. Todo nuestro orar se ha pasado a lo que se ha pasado nuestro sentido, que es el bien o mal temporal. Y aun esto no lo hacemos luego, sino cuando los otros medios y arrimos nos han faltado, como gente que su postrera confianza tiene puesta en nuestro Señor, y su primera y mayor en sí mismo o en otros. De lo cual suele el Señor enojarse mucho, y decir (*Deut.*, 32, 37, 39): *¿Dónde están tus dioses, en los cuales tenías confianza? Líbrenle tus aliados, a los cuales se los llevará el viento y el soplo. Mirad que Yo sólo soy, y no hay otro fuera de Mí. Yo mataré y haré vivir; heriré y sanaré, y no hay quien se pueda librar.*

Mirad, pues, vos, doncella, no os toquen aquestas cosas, mas tened vivo el sentido de vuestra ánima, con que gustéis que vuestro verdadero mal es no servir a Dios, y vuestro verdadero bien es servirle. Y cuando alguna cosa temporal pidiéredes, no sea con aquel ahinco y angustia que del amor demasiado suele nacer. Y para lo mucho y para lo poco, vuestra confianza primera sea nuestro Señor; y la postrera, los medios que Él os encaminare. Y sed muy agradecida a esta merced, de que os dió licencia de hablarle y conversar con Él; y usad de ella, para bienes y males, con mucha frecuencia y cuidado, pues por medio de esta habla y conversación con el Altísimo han sido enriquecidos los siervos de Dios, y remediados en sus pobreza; porque entendieron que los peligros que Dios les dejó, fué a intento que, apretados con ellos, recurriesen a Él; y los bienes que les vienen son para ir a Él, dándole gracias.

De los gabaonitas leemos (*Josué*, 10, 6), que estando en mucho peligro por estar cercados de sus enemigos, enviaron un mensajero a Josué, a cuya amistad se habían ofrecido, y por la cual estaban en aquel peligro, y hallaron favor y remedio por lo pe-

dir. Y aunque aquellos cinco reyes, de que la Escritura hace mención (*Gen.*, 14, 1). fueron vencidos en el valle Silvestre, y sus ciudades robadas; mas porque un mozo que de la guerra escapó, fué a dar nueva de este desbarato al Patriarca Abraham, alcanzaron remedio los reyes y sus cinco ciudades por mano de Abraham, que los socorrió. De manera, que se alcanza, por un solo mensajero que va a pedir favor a quien lo quiere y puede dar, más que por la muchedumbre de combatientes que en la guerra o ciudad haya. Y cierto, es así, que quien enviare a Dios mensajero de humilde y fiel oración, aunque esté cercado y destrozado y metido en el vientre de la ballena, sentirá presente al Señor, *que está cerca a todos aquellos que le llaman en verdad (Ps., 144, 18).*

Y si no saben lo que han de hacer, con la oración hallan lumbre, porque con esta confianza dijo el rey Josafat (*Paralip.*, 20, 12): *Cuando no sabemos lo que hemos de hacer, este remedio tenemos, que es alzar los ojos a Ti.* Y Santiago (1, 5) dice: *Que quien hubiere menester sabiduria, la pida a Dios.* Y por este medio eran Moisés y Aarón enseñados de Dios acerca de lo que debían hacer con el pueblo. Porque como los que rigen a otros han menester lumbre doblada, y tenerla muy a la mano y a todo tiempo, así han menester oración doblada y estar tan diestros en ella, que sin dificultad la ejerciten, para que conozcan la voluntad del Señor de lo que deben hacer en particular, y para que alcancen fuerza para cumplirla. Y este conocimiento que allí se alcanza, excede al que alcanzamos por nuestras razones y conjeturas, como de quien va a cosa cierta, o quien va, como dicen, a tienta paredes. Y los propósitos buenos y fuerza que allí se cobran, suelen ser sin comparación más vivos y salir más verdaderos, que los que fuera de la oración se alcanzan. San Agustín dijo, como quien lo había probado: «Mejor se sueltan las dudas con la oración, que con cualquiera otro estudio.» Y por no cansar, y porque no sería posible deciros particularmente los frutos de la oración, no os digo más, sino que la suma Verdad dijo (*Lc.*, 11, 13): *Que el Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo piden;* con el cual bien vienen todos los bienes.

Y débeos bastar, que usaron este ejercicio todos los Santos. Porque, como San Crisóstomo dice:

«¿Quién de los Santos no venció orando?» Y él mismo dice: «No hay cosa más poderosa que el hombre que ora.» Y bastarnos debe, y sobrar, que Jesucristo, Señor de todos, oró en la noche de su tribulación, aun hasta derramar gotas de sangre (*Lc.*, 22, 44). Y oró en el monte Tabor, para alcanzar el resplandor de su cuerpo (*Lc.*, 9, 29). Oró primero que resucitase a San Lázaro (*Jn.*, 11, 41); y veces oraba tan largo, que se le pasaba toda la noche en oración. Y después de una tan larga oración como ésta dice San Lucas (*Lc.*, 6, 12), que *eligió entre sus discípulos número de doce Apóstoles*. En lo cual, dice San Ambrosio, nos dió a entender lo que debemos hacer cuando quisiéremos comenzar algún negocio, pues que en aquel suyo, primero oró, y tan largo.

Y por esto debiera decir San Dionisio, que en principio de toda obra hemos de comenzar por la oración. San Pablo (*Rom.*, 12, 12) amonesta que entendamos *con instancia en la oración*; y el Señor dice (*Lc.*, 18, 1), que *conviene siempre orar, y no aflojar*; que quiere decir, que se haga esta obra con frecuencia, diligencia y cuidado. Porque los que quieren valerse con tener cuidado de sí en hacer obras agradables a Dios, y no curan de tener oración, con sola una mano nadan, con sola una mano pelean, y con sólo un pie andan. Porque el Señor, dos nos enseñó ser necesarias, cuando dijo (*Mt.*, 26): *Velad y orad, porque no entréis en tentación*. Y lo mismo avisó cuando dijo (*Lc.*, 21, 36): *Velad, pues, en todo tiempo orando, que seáis hallados dignos de escapar de todas estas cosas que han de venir, y estar delante el hijo de la Virgen*. Y entrambas cosas junta San Pablo (*Ephes.*, 6, 11), cuando arma al caballero cristiano en la guerra espiritual que tiene contra el demonio. Porque así como un hombre, por buenos manjares que coma, si no tiene reposo de sueño tendrá flaqueza, y aun corre el riesgo de perder el juicio, así acaecerá a quien bien obra y no ora. Porque aquello es la oración para el ánima, que el sueño al cuerpo. No hay hacienda, por gruesa que sea, que no se acabe, si gastan y no ganan; ni buenas obras que duren sin oración, porque en ella se alcanza lumbre y espíritu con que se recobra lo que con las ocupaciones, aunque buenas, se disminuye del fervor de la caridad e interior devoción.

Y cuán necesario sea el orar, parece muy claro en la instancia y ayunos con que el Profeta Daniel (9, 1-19) oraba al Señor que librase su pueblo de la cautividad de Babilonia, aunque eran cumplidos los setenta años que el Señor había puesto por término para los librar. Y si en lo que Dios ha prometido de hacer o dar, aún es menester que se le pida con oración ahincada, ¿cuánto más será menester en lo que no tenemos promesa suya en particular? San Pablo pide a los Romanos (15, 30) que rueguen a Dios por él, para que, quitados los impedimientos, pueda ir a los visitar. Sobre lo cual dice Orígenes: «Aunque había dicho el Apóstol un poco antes (15, 29): *Se que, yendo a vosotros, será mi ida en la abundancia de la bendición de Cristo*; mas con todo esto, sabía que la oración es necesaria, aun para las cosas que él manifiestamente conocía que habían de acaecer; y si no hubiera oración, sin duda no se cumpliera lo que había profetizado.» ¿No os parece que tuvo razón quien dijo (1) que era la oración medio para alcanzar lo que Dios Omnipotente ordenó, ante los siglos, de donar en tiempo? Item, que así como el arar y sembrar es medio para coger trigo, así la oración para alcanzar frutos espirituales. Por lo cual no nos debemos maravillar si tan pocos cogemos, pues que tan poca oración sembramos.

Cosa cierta es que de la conversación de un bueno se sigue amarle y concebir deseos de la virtud; y si con Dios conversásemos, con mucha más razón podríamos esperar de su conversación estos y otros provechos, a semejanza de Moisés, que de la tal conversación salió *lleno de resplandor* (Ex., 34).

Y no por otra causa estamos tan faltos de misericordia para con los prójimos, sino porque nos falta esta conversación con nuestro Señor. Porque el hombre que estuvo de noche postrado delante de Dios pidiéndole perdón y misericordia para sus pecados y necesidades, claro está que si de día encuentra con otro que le pida lo que él pidió a Dios, que conocerá las palabras, y se acordará de con cuánto trabajo él las dijo a nuestro Señor, y con cuánto deseo de ser oído, y hará con su prójimo lo que quería que Dios hiciese con él.

(1) San Gregorio.

Y por decir en una palabra lo que en esto siento, os traigo a la memoria lo que dijo David (Ps., 65, 20): *Bendito sea el Señor, que no quitó de mí mi oración y su misericordia.* Sobre lo cual dice San Agustín: «Seguro puedes estar, que si Dios no quita de ti la oración, no te quitará su misericordia.» Y acordaos que el Señor dijo (Lc., 11, 13): *Que el celestial Padre dará espíritu bueno a los que se lo piden.* Y con este espíritu cumplimos la Ley de Dios, como dice San Pablo (Rom., 7, 25). De manera, que nos está cercana la misericordia de Dios, y cumplimos su Ley por medio de la oración. Mirad vos qué tal estaré un hombre a quien le faltaren estas dos cosas, por faltarle la oración.

Y quiéroos avisar del yerro de algunos que piensan que, porque dijo San Pablo (1 Tim., 2, 8): *Quiero que los varones oren en todo lugar,* no es menester orar despacio, ni en lugar particular, sino que basta mezclar la oración entre las otras obras que hace. Bueno es *orar en todo lugar,* mas no nos hemos de contentar con aquello, si hemos de imitar a Jesucristo nuestro Señor, y a lo que sus Santos han dicho y hecho en el negocio de la oración. Y aun tened por cierto, que ninguno sabrá provechosamente *orar en todo lugar,* sino quien primero hubiere aprendido este oficio en lugar particular, y gastado en él espacio de tiempo.

CAPITULO 71

Que la penitencia de los pecados es el primer paso para nos llegar a Dios, teniendo de ellos verdadero dolor y haciendo de ellos verdadera confesión y satisfacción.

El primer paso que el ánima ha de dar allegándose a Dios ha de ser la penitencia de sus pecados. Y para que ésta sea bien hecha aprovecha mucho desocuparse de todos negocios y de toda conversación, y entender con cuidado en traer a la memoria todos los pecados de toda su vida, sirviéndose para ello de algún Confesionario (1). Y después de los haber bien

(1) *Confesionario*: Tratado que da reglas para la confesión.

gemido, confesarlos con médico espiritual que le pueda y sepa dar remedio competente a su enfermedad, y le ponga su conciencia tan llana, como si aquel día hubiese el hombre de morir, y ser presentado en el juicio de Dios. Y en este negocio puede gastar un mes o dos, deshaciendo con amargos gemidos lo que pecó con malos placeres. Y para esto se puede servir de leer algún buen libro que a esto le ayude, y de lo que antes dijimos (2), de pensar en su muerte y en el juicio de Dios, y descender vivo con el pensamiento a aquel pozo hondo del fuego eternal, porque no descienda después de muerto a probar la eterna miseria que allí hay.

Servirle ha también para esto, mirando una imagen del Crucifijo, o acordándose de Él, pensar cómo él fué causa por sus pecados que el Señor padeciese tales tormentos. Y mírele bien de pies a cabeza, ponderando por sí cada tormento, y llorando en cada pecado, pues las penas del Señor corresponden a nuestras culpas, padeciendo Él deshonoras en pago de nuestra soberbia, azotes y dolores en pago de nuestros placeres, y así en lo demás. Y piense: Si un hijo viese azotar a su padre, o atormentarle muy recio por una cosa que nunca el padre la hizo, sino el tal hijo; y, si oyese la voz del pregonero: «Quien tal hace que tal pague», este tal hijo, grave compasión tendría de su padre, y gran dolor por haber hecho cosa que tan cara costase a su padre. Y si verdadero hijo fuese, más le dolería ver castigado a su padre, que si le castigaran a él. Y gran maravilla sería si no diese voces con el gran dolor, confesando que el culpado es él, que lo castiguen a él, y no a su padre que nada debía. Tomemos ejemplo de aquí, de dolernos más de haber pecado porque fué Dios el ofendido y fué Dios el castigado, que por cualquier mal que por haber pecado nos pudiese venir. ¡Yo, Señor, pequé, ¿y pagáíslo vos?! ¡Mis travesuras, Señor, os pusieron en la cárcel, y os hicieron pregonar por las calles y os pusieron en cruz! Este sea su gemido, con deseo de padecer por Dios todo lo que Él fuere servido de enviarle.

Y después de haber hecho este examen de su conciencia, con dolor y satisfacción, según el parecer de

(2) Caps. 60 y 61.

su confesor, recibida la absolución sacramental, podrá tener confianza del perdón, y consolación de su ánima.

CAPITULO 72

Que el segundo paso para nos llegar a Dios, es el nacimiento de gracias que le debemos dar por nos haber así librado; y del modo que en esto se tendrá, mediante diversos pasos de la Pasión en diversos días.

Purgada así el ánima de los tales humores de pecados, que le causasen la muerte, se debe ocupar en nacimiento de gracias por tan grande y no merecida merced, de no sólo haber Dios perdonado el infierno, mas haberle recibido por hijo y dádole su gracia y dones interiores, por merecimiento del verdadero Hijo de Dios, Jesucristo nuestro Señor, que *murió por nuestros pecados, y resucitó por nuestra justificación* (Rom., 4, 25); matando nuestros pecados y vida vieja, muriendo Él; y resucitándonos a vida nueva, resucitando Él. Y si decía Job (31, 20), que *el cuerpo del pobre* a quien él había vestido, sintiéndose abrigado, *echaría bendiciones* a Job que aquel beneficio le hizo, con mucha más razón debemos bendecir a Jesucristo crucificado, cuando nuestra ánima se siente libre de males y consolada con bienes, creyendo que todo nuestro bien nos viene por Él; pues no es razón ser ingratos a tal amor y a tales mercedes.

Y aunque cada vez que bien nos fuere debemos luego con particular agradecimiento bendecir a Jesucristo; mas para que se haga esto mejor hecho y con más fruto, conviene que pues para pensar en vuestros propios pecados os dije que buscásedes lugar recogido y desocupado de todos, y os mirásedes a vos, con mucha más razón os debéis ocupar otro rato cada día en pensar la Pasión de nuestro Señor, y darle gracias por los bienes que nos vinieron por ella, diciendo de corazón (Ps., 118, 93): *No olvidaré para siempre tus justificaciones, porque en ellas me diste la vida.*

El modo, pues, que tendréis, si otro mejor no se os ofreciere, será éste: Pensar *el lunes* la oración del Señor y prendimiento del Huerto, y lo que aquella noche pasó en casa de Anás y Caifás. *El martes*, las

acusaciones y procesiones de uno a otro juez, y sus crueles azotes que atado a la columna pasó. *El miércoles*, cómo fué coronado de espinas y escarnecido, sacándole con vestidura de grana, y caña en la mano, porque todo el pueblo le viese, y dijeron: ECCE HOMO. *El jueves*, no le podemos quitar su misterio muy excelente; conviene a saber, cómo el Hijo de Dios con profunda humildad lavó los pies a sus discípulos, y después les dió su^o Cuerpo y Sangre en manjar de vida; mandando a ellos y a todos los sacerdotes que habían de venir, que *hiciesen lo mismo en memoria de Él* (Lc., 22, 19). Hallaos vos presente en aquel lavatorio admirable, y en el convite tan excelente, y esperad en Dios, que ni saldréis sin lavar, ni muerta de hambre (1). Tras el jueves pensaréis el *viernes* cómo el Señor fué presentado ante el juez, y sentenciado a muerte, y llevó la cruz encima de sus hombros, y después fué crucificado en ella, con todo lo demás que pasó hasta que encomendó su espíritu en las manos del Padre y murió. Y en el *sábado* quedaos de pensar la lanzada cruel de su sagrado costado, y cómo le quitaron de la cruz, y pusieron en brazos de su sagrada Madre, y después en el sepulcro; e id acompañando su ánima al limbo de los Santos Padres, y hallaos presente en las fiestas y paraíso que allí les concede. Y tened memoria de pensar en este día las grandes angustias que la Virgen y Madre pasó, y sedle compañera fiel en se las ayudar a pasar, porque allende de serle cosa debida, os será muy provechosa. Del *domingo* no hablo, porque ya sabéis que es diputado al pensamiento de la Resurrección, y la gloria que en el cielo poseen los que allá están, y en esto os habéis de ocupar en aquel día.

Y particularmente os encomiendo, que en *la noche del jueves* toméis cuan poco suefio tuere posible, por tener compañía al Señor, que después de los trabajos del prendimiento y largos caminos a casa de Anás y Caifás, y después de muchas bofetadas, bur-las y otros males que le fueron hechos, pasó lo demás de la noche muy aherrojado y en cárcel muy

(1) «Estando en Granada, predicaba todos los jueves en el sagrario de la Iglesia Mayor». Fr. Luis de Granada: *Vida del P. Avila*. P. II, § VIII. Creemos ver en estos sermones la iniciación de los JUEVES EUCARÍSTICOS.

dura, y con tal tratamiento de los que le guardaban, que ni a Él vagaba dormir, ni habría quien cesase de llorar si bien se supiese lo que allí pasó; lo cual es tanto, como San Jerónimo dice, que hasta el día del juicio no se sabrá. Pedidle vos a Él parte de sus penas, y tomad vos por Él *cada noche del jueves* alguna en particular, la que Él os encaminare. Porque gran vergüenza es para un cristiano no diferenciar aquella noche de otras. Y una persona decía, que ¿quién podía dormir la noche del jueves? (2). Y aun también creo que tampoco dormía la noche del viernes.

CAPITULO 73

Del modo que se ha de tener en la consideración en la vida y Pasión de nuestro Señor Jesucristo.

Este ejercicio de pensar en los pasos de la vida o muerte de Jesucristo nuestro Señor se puede hacer en una de dos maneras: o con representar a vuestra imaginativa la figura corporal de nuestro Señor, o solamente pensar sin representación imaginaria. Y sabed, que pues el altísimo e invisible Dios se hizo hombre visible; para que con aquello visible nos metiese adentro donde está lo invisible, no se debe pensar sino que fué muy provechosa cosa mirarle con ojos corporales, para poderle mirar con los espirituales, que son de la fe, si la malicia de quien lo miraba no lo impedía. Y, cierto, todo lo corporal del Señor era muy ordenado, y tenía una particular eficacia para ayudar al corazón piadoso a levantarse a las cosas espirituales. Y no fué pequeña merced para los tales gozar de tal vista, *de la cual muchos Reyes*

(2) Esta persona debía de ser el mismo P. Avila, de quien escribe Granada, *Vida*, P. II, § 1: «Decía él que quien se acostaba y podía acabarlo consigo de dormir toda la noche del jueves, habiendo sido preso en este día nuestro Señor, y el viernes, estando muerto, que no correspondía a la obligación de la grandeza de este beneficio.» Aquí tenemos el espíritu de la HORA SANTA, practicada no por una hora, sino *dos noches cada semana*, tomando *c an poco sueño fuere posible*.

y Profetas desearon gozar y no la alcanzaron (Lc., 10, 24). Y aunque los que después venimos no gozamos de esta merced tan cumplida; mas no debemos dejar de aprovecharnos de ella en lo que pudiéremos. Y a este intento nuestra Madre la santa Iglesia, y con mucha razón, nos propone imágenes del cuerpo del Señor, para que despertados por ellas, nos acordemos de su corporal presencia, y se nos comuniquen algo, mediante la imagen, de lo mucho que se nos comunicara con la presencia. Y pues me trae provecho una imagen pintada en un palo fuera de mí, también lo traerá la que fuere pintada en mi imaginativa dentro de mí, tomándola por escalón para pasar adelante. Porque todo lo de nuestro Señor, y lo que le toca y representa, tiene virtud maravillosa para llevarnos a Él.

Y aunque os parezcan cosas bajas, mas por ser medio para cosas altas, altas os deben parecer. Y por esta bajeza quiere Dios que comiencen humillados los que Él ha de subir de su mano a cosas mayores. Porque los que desde luego que comienzan se dan a pensamientos muy altos, por parecerles más gustosos y más dignos de su consideración, les está la caída muy cierta. Porque, como dice la Escritura (*Prov.*, 19, 2), *el que es apresurado en el andar, tropezará* (28, 22): *El que se da prisa a enriquecer, no estará sin pecado*. Y también claramente se ve, que casa sin fundamento no puede durar mucho sin caer. Y acaece a estos tales, que si después quieren tornar a pensar cosas proporcionadas a su pequeñez, no lo aciertan a hacer, por estar engolosinados en las mayores; y así corren peligro, como el ave que sale del nido antes del tiempo; porque ni puede proseguir su vuelo, ni tornarse a su nido. Por tanto, conviene que comencemos de lo bajo de nuestros pecados, según se ha dicho, y luego en el pensamiento de la sacra Humanidad de Jesucristo nuestro Señor, para subir a la alteza de su Divinidad.

CAPITULO 74

En que se prosigue más en particular el modo de consiاعر la vida de nuestro Señor Jesucristo, para que sea con más provecho.

Recogida, pues, en vuestra celda, en el rato que para este ejercicio tomáredes, decid primero la confesión general, pidiendo al Señor perdón de vuestros pecados, especialmente de los que hubiéredes hecho después de la postrera confesión que hicisteis; y rezaréis algunas oraciones vocales, según arriba se os dijo cuando tratábamos del propio conocimiento (1). Y después leed aquel mismo paso de la Pasión, que queréis pensar, en algún libro que trate de la Pasión; y serviros ha de dos cosas: una de enseñaros cómo acaeció aquel paso, para que vos lo sepáis pensar; porque vida y muerte del Señor habéislas de saber muy sabidas; y otra para recogeros el corazón, para que cuando fuéredes a pensar, no vayáis derramada ni tibia. Y aunque no leáis de una vez todo lo que el libro dijere acerca de aquel paso, no se pierde nada, pues que en otras semanas, cuando venga el mismo día, se podrá acabar de leer. Y, como ya os he dicho, no ha de ser la lección hasta del todo cansar, mas para despertar el apetito del ánima y dar materia a pensar y orar. Y los libros que para pensar en la Pasión pueden aprovechar, entre otros, son las MEDITACIONES de San Agustín en latín (2), y las del Padre Fray Luis de Granada en romance (3), y el Cartujano (4), que escribe sobre todos los Evangelios.

(1) Cap. 59.

(2) Existe versión castellana de este libro por el P. Pedro de Ribadeneira.

(3) *Libro de la Oración y Meditación*, donde trae una meditación devotísima de la Pasión para cada día de la semana.

(4) El Cartujano llamábase Ludolfo de Sajonia (1295-1378). Fué fraile dominico y pasó a la Cartuja en 1340. Ya cartujo, escribió su celeberrima *Vita Jesu Christi...*, libro de profunda piedad, de fondo evangélico, comentado por los SS. Padres, aunque no exento de revelaciones privadas y otras fuentes menos admisibles. Hubo traducciones castellanas muy antiguas.

Y la lección acabada, hincadas vuestras rodillas y recogidos vuestros ojos, suplicad al Señor os envíe lumbre del Espíritu Santo para daros sentido compasivo y amoroso de lo que Cristo tan amorosamente por vos padeció. Importunadle mucho, no permita Él tanta ingratitud en vos, que siendo obligada a imitar su Pasión, que aun no seáis para la pensar.

Y luego poned la imagen de aquel paso que quisieredes pensar, dentro de vuestro corazón; y si esto bien no se os diere, haced cuenta que la tenéis allí cerquita de vos. Y dígoos esto así, por avisaros que no habéis de ir con el pensamiento a contemplar al Señor a Jerusalén, donde esto acaeció, porque esto daña mucho a la cabeza y seca la devoción; mas haced cuenta que lo tenéis allí presente, y poned los ojos de vuestra ánima en los pies de Él, o en el suelo cercano a Él, y con toda reverencia mirad lo que entonces pasaba como si a ello presente estuviérades, y escuchad lo que el Señor habla con toda atención. Y sobre todo, con una sosegada y sencilla vista miradle su sacratísimo Corazón, tan lleno de amor para con todos, que excedía tanto a lo que de fuera padecía—aunque era inefable—, cuanto excede el cielo a la tierra.

Y guardaos mucho de afligir vuestro corazón con tristezas forzadas, que suelen echar alguna lagrimilla forzada; porque impiden el sosiego que para este ejercicio es menester, como decía el Abad Isaac; y suelen secar el corazón y hacerle inhábil para la divina visitación, que pide paz y sosiego; y aun suelen destruir la salud corporal, y dejar el ánima tan atemorizada con el disgusto que allí sintió, que teme otra vez de tornar al ejercicio como a cosa penosa.

Mas si con vuestro pensar sosegado, el Señor os da lágrimas, compasión y otros sentimientos devotos, debéislos tomar, con condición que no sea tanto el exceso con que se enseñoreen de vos, que os dañen a la salud con daño notable, o que quedéis tan flaca en los resistir, que os hagan, con gritos y con otras exteriores señales dar muestra de lo que sentís; porque si a esto os acostumbráis, vendréis a hacer entre gente, y con grande nota, lo mismo que en vuestra celda, sin lo poder resistir; de lo cual es razón que huyáis. Y por esto habéis de tomar estos sentimientos o lágrimas de tal arte, que no os vayáis mucho tras ellas, porque no perdáis por seguir las aquel pen-

samiento o *afección espiritual* que las causó. Mas tened mucha cuenta con que aquello dure, y de esto otro exterior y *sensual* (5) sea lo que fuere. Y de esta manera podráos durar mucho tiempo el sentimiento devoto *espiritual*. Lo cual no hace el de la parte sensitiva o corporal, ni aun deja durar al *espiritual*, sino lo tiene para que no se vaya tras él.

Aunque para los que de nuevo comienzan se puede dar licencia que tomen de esta leche tierna algo más que los aprovechados, los cuales tienen intento a sentir en su espíritu la alteza de quien padece, y la indignidad de por quien padece, y lo mucho que padece, y el mayor amor con que lo padece; y desean imitar este amor y pasión con las fuerzas que el Señor les diere. Y si con esto les dan los sentimientos ya dichos, no los desechan, antes los agradecen, mas no como a cosa más principal. Y aunque entiendo que hay un amor de Dios tan abrasado, que no sólo no saca lágrimas, mas aun las seca e impide, también os digo que hay otro tierno, que hace tener estos sentimientos ya dichos en la parte sensitiva y ojos del cuerpo, sin que sea cosa culpable; pues la doctrina cristiana no es doctrina de estoicos, que condenan las buenas pasiones. Y pues Cristo lloró y se entristeció, bastarnos debe para creer que estas cosas son buenas, aunque en varones perfectos. ¡Oh cuánto mal ha hecho a sí y a otros, gente sin letras, que ha tomado entre manos negocios de la vida *espiritual*, haciéndose jueces de ella, siguiendo solamente su ignorante parecer! Y dígolo por hombres que ha habido engañados, a quien parecían mal estas cosas.

(5) *Sensual*: sensible, sentimental.

CAPITULO 75

En que se dan algunos avisos necesarios para más aprovechar con el sobredicho ejercicio, y evitar algunos daños que en los ignorantes pueden suceder (1).

Conviene también avisaros que no trabajéis mucho por fijar muy profundamente en vuestra imaginación *la imagen* del Señor, porque suelen de ello venir peligros al ánimo, pareciéndole algunas veces que verdaderamente ve de fuera las imágenes que tiene de dentro; y unos caen en locura y otros en soberbia. Y ya que esto no sea, cáusase daño en la salud corporal casi sin remedio. Por eso conviene que hagáis este ejercicio de arte, que ni del todo dejéis de representar imagen, ni que la tengáis a la continua ni con pena fijada dentro de vos, mas poco a poco, y según que sin trabajo se os diere. Y podéis tener algunas devotas imágenes, bien proporcionadas, de los pasos de la Pasión, en las cuales mirando algunas veces, os sea alivio para que sin mucha pena las podáis vos sola imaginar.

Y mirad mucho que no sólo habéis de huir el peligro que os he dicho, de imaginar con trabajo, mas también de *pensar* con ahinco y costa de la cabeza; porque allende del daño que en ella se hace, cáusase de este modo sequedad en el ánimo, que suele hacer que se aborrezca la oración. No penséis de manera, ni con tanta fuerza, que parezca que vos sola y a fuerza de brazos lo habéis de hacer; porque aquesto más semejanza tiene con el modo de estudiar que de orar; mas de tal manera obrad vuestro ejercicio, que estéis arrimada a las fuerzas del Señor que os ayuda para pensar. Y si esto no supiéredes hacer, y sentís que la cabeza o sienes sienten trabajo notable, no prosigáis adelante, mas sosegaos, y quitad aquella angustia del corazón, y humillaos a Dios con sosiego y simplicidad, pidiéndole gracia para pensar como

(1) Maravillosa discreción respaldece en estos consejos sobre la atención sosegada y sobre la preeminencia del corazón para acertar con la verdadera oración.

Él quiere. Y en ninguna manera presumáis en el acatamiento de Dios, de estribar en vuestras razones ni ahinco, mas en humillaros a Él con un afecto sencillo, como niño ignorante y discípulo humilde, que lleva una sosegada atención para aprender de su maestro ayudándose él. Y sabed, que este negocio *más es de corazón que de cabeza*, pues *el amar es fin del pensar*. Y por no entender esto y el sosiego ya dicho, han fatigado muchos muchas cabezas suyas y ajenas, con daño de la salud, e impedimento para bienes que pudieran hacer. Y si Dios os hace esta merced de meditación sosegada, será más durable lo que en ella sintiéredes, y más larga y sin pesadumbre. Todo lo cual hallaréis ser al contrario, si de otra manera lo usáredes.

Y ya os he avisado que vuestra morada ha de ser en vuestro corazón, donde como abeja solícita, que dentro de su corcho hace la miel, habéis vos de encerraros, presentando al Señor lo que de fuera se os ofreciere, pidiéndole su lumbre y favor, como lo hacía Moisés en el corporal Tabernáculo. Y si se os ofreciere de fuera alguna hiel de tentación, huid a vuestro corazón, y cerrad la puerta tras vos, y juntándoos con nuestro Señor, dejaréis a vuestros enemigos burlados, vencidos y fuera de casa. Porque como el daño que os podían hacer era mediante el pensamiento, cerrado éste muy bien, no hay por dónde os puedan entrar.

Y porque en todo caso conviene, para durar y aprovechar en este ejercicio, que lo hagáis con sosiego, os quiero avisar, que si tenéis fuerza para estar de rodillas en esta habla con Dios, conviene que lo estéis, porque toda reverencia es debida a la Majestad divina. Y para lo así hacer, tenemos ejemplo en nuestro soberano Señor y maestro, del cual cuenta el Evangelista (*Lc.*, 22, 41) que en el huerto de Gethsemani oró a su Padre, las rodillas hincadas. Mas si la flaqueza del cuerpo es tanta, que con estar de rodillas, especialmente en oración larga, impide el sosiego del ánimo y la hace estar inquieta para vacar al Señor, débese tomar aquel modo que no impida esta quietud. Porque aunque la oración tenga fruto de *satisfacción* para las penas que debemos, mas porque es mayor fruto el que de ella se saca por la lumbre y gusto divinal, y otras mercedes que en ella Dios da,

débase tomar lo que es medio para alcanzar lo mejor, si con todo no se puede cumplir.

Y a este propósito también hace, que si pensando vos una cosa en la oración, sintiere vuestra ánima que la convidan para otras partes, abriéndole otra puerta de buen pensamiento, debéis entonces dejar lo que pensábades y tomar lo que os dan, presuponiendo que es bueno lo uno y lo otro. Aunque habéis de mirar no sea esto, que os viene de nuevo, engaño del demonio, para que saltando de uno en otro, como picaza, os quite el fruto de la oración; o, por ventura, no sea liviandad de vuestro corazón, que no hallando lo que deseáis en un pensamiento, vayáis a probar si lo hallaréis en otro, o en otro. Por tanto, no debéis ligeramente dejar lo que tenéis, si no fuéredes con eficacia interiormente convidada para otra parte, con una satisfacción que en el corazón suele quedar cuando Dios le convida, a cuando él se entremete. Y con pedir lumbre al Señor, y con tener cuenta con mirar después de pasado qué fruto sacasteis, y tomando experiencia de muchas veces, podéis en este negocio acertar con lo que debéis.

Y a este propósito hace, que si estáis leyendo o rezando vocalmente, y el Señor os visita con algún sentimiento entrañable, debéis cesar de lo que hacíades, y gozar de aquel bocado que el Señor os envía. Cumplido con lo cual podréis proseguir lo que antes hacíades. Porque como esto exterior sirva para despertar la devoción interior, no se ha de tomar por medio para lo impedir.

Y no os hablara en tantas particularidades, si no hubiera visto gente tan atada a sus reglas y a cumplir sus tareas, que aunque haya causas para creer que el Señor quiere que se interrumpan, ellos no quieren. Y si los quiere llevar Dios por un camino, ellos quieren ir por otro, fundados en su prudencia; siendo gran verdad que no hay cosa más contraria a este ejercicio, que pensar los hombres que se pueden por su discreción regir en él. Y a muchos he visto llenos de reglas para la oración, y hablar de ella muchos secretos, y estar muy vacíos de la obra de ella; porque el estribar en ellas, y el acordarse de ellas en el tiempo de la oración, les quita aquella *humildad y simplicidad de niño* con que en este negocio han de tratar con Dios, como arriba os he

dicho. Y no os digo esto para quitar las industrias razonables que de nuestra parte hemos de poner, especialmente cuando somos principiantes en ellos, mas para que se haga con *tanta libertad*, que no nos impidan el estar colgados del Señor, esperando sus mercedes por la vía que Él las quisiere hacer. Y tened por cosa muy cierta, que en este negocio aquél aprovecha más, que más se humilla, y más persevera, y más gime al Señor; y no quien sabe más reglas.

CAPITULO 76

Que el fin de la meditación de la Pasión ha de ser la imitación de ella; y cuál es lo primero y principio de cosas mayores que habemos de imitar.

Para que de este ejercicio de oración os sepáis aprovechar, debéis estar avisada que el fin de la meditación de la Pasión ha de ser la imitación de ella, y el cumplimiento de la Ley del Señor. Y dígoos esto, porque hay algunos que tienen mucha cuenta con las horas que gastan en la oración, y con el gusto de la suavidad de ella, y no la tienen con el provecho que de ella sacan. Piensan con engañado juicio, que quien más dulcedumbre y más horas de oración tiene, aquél es más santo; como en la verdad aquel lo sea, que con profundo desprecio de sí, tiene mayor caridad, en la cual consiste la perfección de la vida cristiana y el cumplimiento de toda la Ley. Y quien bien vive y quien bien ora, para este fin lo debe hacer; y no contentarse con que gastó bien un rato en confesar o comulgar, o tener devota oración, o cosas de esta manera.

De Moisés leemos, que habiendo estado cuarenta días y cuarenta noches subido en el monte Siná en continua conversación del altísimo Dios, y bajando después a la conversación de los hombres, ni contó visiones, ni revelaciones, ni secretos curiosos, mas trajo mucha luz en su faz, y dos tablas de piedra en sus manos; en una de las cuales estaban escritos *tres mandamientos*, que pertenecen a la honra de Dios, y *en la otra siete*, que pertenecen al provecho del prójimo (*Ex.*, 34, 29); dando a entender, que

quien trata con Dios con la lengua de la oración, ha de traer luz en su entendimiento, para saber lo que debe hacer, y el cumplimiento de la voluntad de Dios puesto en obra, como ley en las manos; y que, pues tiene oficio de orar, tenga vida de *orador* (1); y sea tal, que en todo su trato se manifieste que se le ha pegado algo de aquella suma Verdad y suma pureza, con la cual ha tratado. Porque los que gastan un rato en llorar las bofetadas que al Señor le dieron en su Pasión, y si saliendo de allí se les ofrece alguna cosa, aun de las pequeñas que al Señor se ofrecieron, tienen tan poca paciencia como si hubieran aprendido en la oración a no sufrir nada, no sé a quién se deban comparar, sino a los que entre sueños les parece que hacen grandes cosas, y recordados (2), lo hacen todo al revés. ¿Qué cosa más loca puede haber, que pareciéndome bien la paciencia del Señor en sus penas, no quiera yo tenerla en las mias, sino decirle: Llevad vos, Señor, vuestra cruz a solas, aunque muy pesada sea, que no quiero yo ayudaros con llevar la mía, aunque pequeña? Los apóstoles compasión tuvieron, y lágrimas derramarían por la Pasión del Señor; mas porque huyeron de la imitar, fueron cobardes y ofendieron a Dios en ello como malos cristianos. Por tanto, no debéis considerar la Pasión y tener compasión como quien mira este negocio de talanquera, sino como quien ha de acompañar al Señor en el mismo padecer. Y con mirarle a Él, cobrad vos esfuerzo para beber su cáliz con Él por mucho que os amargue.

Y lo primero, y principio de cosas mayores, en que le habéis de imitar, sea en la exterior aspereza y mortificación de vuestro cuerpo, para que tengáis alguna semejanza con el suyo divino, tan lleno de trabajos y tormentos, mayores que se pueden decir. Miradle con mucha atención, cómo gusta hiel y vinagre; miradle en cuán estrecha cama está acostado; cuán desnudo está de ropa, y cuán vestido de tormentos de pies a cabeza; y cobrad vos esfuerzo para huir los regalos de vuestro cuerpo en vestidos y cama y comida. Y en esto, y en todo lo que buenamente pudiéredes, trabajad vuestro cuerpo, y hacedlo

(1) *Orador*: hombre que ora.

(2) *Recordar*: despertar.

vivir en cruz. Y lo que no pudiéredes, deseadlo de corazón, y pedid fuerzas al Señor para ello, y llorad, porque estando Él en la cruz, no merecéis vos acompañarle e imitarle en ella. Los deseos del cristiano, que se ejercita en pensar la Pasión, éstos han de ser, si quiere imitarla. Porque como el Señor vino del cielo a la tierra a conversar con los hombres, y a les enseñar el mejor y más seguro camino para ir allá, y en naciendo escogió pobreza, frío, destierro; y creciendo en edad, creció en trabajos, y el fin de su vida fué acrecentamiento de otros mayores; honró tanto estas cosas, aunque muy bajas, que por juntarlas consigo les dió quilates de honra, y señales de seguridad, y hermosura para ser codiciadas. Porque si un rey temporal con usar un traje lo hace honroso y digno de imitación para todos los que son sus vasallos, muy mejor lo hará el soberano Rey de los reyes, cuyo valor es mayor sin comparación que el de todo lo criado, por alto que sea. Y quien esto no siente, no debe ser vasallo perfecto de aqueste Señor, pues no tiene por suprema honra ser semejante a Él. «Agradable cosa es, dice San Bernardo, imitar la deshonra del Crucificado; mas esto es para aquellos que no son ingratos al mismo Crucificado.»

Decidme: si un rey fuese por un camino a pie y descalzo, fatigado y sudando con la aspereza del camino, vestido de saco y llorando, como iba David, y todo para poner compasión, ¿qué criado suyo habría que, o de vergüenza o de amor, no fuese también a pie y descalzo, y conforme a su rey en cuanto pudiese? Y así dice la Escritura (2 Reg., 15, 16) que lo hicieron los criados y toda la gente que iban con el rey David. Y si el tal rey mandase a alguno de los criados que iban con él, que fuese cabalgando y con todo descanso, mandamiento recio sería para el tal criado, y suplicaría de corazón no le hiciese tanto agravio, que yendo la Majestad Real tan mal tratada, fuese su siervo tan al revés de él. Y si todavía esto el tal rey mandase, obedeceríalo el criado; mas con tanta pena, que puestos los ojos en los trabajos del rey, no tomaría gusto en su corazón del descanso que de fuera llevaba; y teniéndose por más flaco y por menos honrado que los otros, tendría a muy mala dicha no oír conforme a su rey; y lo que le faltaba en la obra desearíalo en su corazón, tenien-

do el descanso en paciencia, y el padecer en deseo (3).

Tales pára. cierto, el Crucificado a los corazones que en mirarlo se ocupan, «si empero son agradecidos», como San Bernardo dijo, a tan grande beneficio, como es abajarse Dios a caminar por este desierto, con tales trabajos cuales nunca hombre pasó; porque donde esto hay, no queda lanza enhiesta, y de dentro y de fuera hay entrañable deseo de poner al Crucificado *por sello en el corazón y en el brazo* (*Cant.*, 8, 6), como cosa de que no solamente no se angustien, ni se tienen por menos honrados; mas que, como Santiago (1, 2) dice, *tienen por entero gozo ofrecérseles varios trabajos*. Tal es la alteza de los agradecidos a este Señor, que a los ídolos de Egipto (*Ex.*, 8, 26) a quien los mundanos precian y aman, que son honras, riquezas, deleites, ellos, con el cuchillo del amor de este Señor crucificado, los degüellan animosamente, y se los ofrecen con mucho amor, agradeciéndole que los quiso admitir a su compañía; y andan buscando, abrasados con amor, todas las vías que pueden para más padecer, esforzados como elefantes, con ver derramada la sangre de su Señor. Y si acaece que cumpla al servicio de su Señor tomar ellos descanso, o tener riquezas u honras, acéptanlo por obediencia, y usan de ello con temor; y es menester que los consuelen, para que puedan ir a caballo, viendo ir a pie al que más que a sí aman. Tal es la alteza de la vida cristiana; y así muda Cristo las cosas desde la cruz, que lo amargo y despreciado hace dulce y honroso, y pone asco de gustar de aquello sobre que los mundanos se matan.

Esta eficacia deseo que obre en vos el pensamiento de la sacra Pasión, y que la améis tanto, que *traigáis su mortificación en vuestro cuerpo* (2 Cor., 4, 10). Y si no hubiere quien os tire piedras, y encarcele y azote, como al Señor y a sus Apóstoles, *los cuales iban gozosos por padecer por su nombre* (*Act.*, 5, 41), buscad vos, en cuanto buenamente pudiéredes, en qué padecer, y agradecedlo mucho a Dios cuando se os ofreciere; porque usando bien de lo poco, el Señor os dé fuerza para más, y os envíe más.

(3) Preciosamente desenvuelve esta idea el autor en las lecciones sobre la 1.^a Canónica de S. Juan, cap. 2, v. 17.

Y estad advertida no tengáis en poco estas cosas, por ocasión de que dice San Pablo (1 Tim., 4, 8) *que el ejercicio corporal trae poco provecho*; porque ya que de estas cosas se entienda, no quiere que se tengan en poco en sí mismas, sino cotejadas a otras mayores; para provecho de las cuales, y para satisfacer la pena que en el purgatorio se debe, y aun para alcanzar más gracia y más gloria, y para servir al Señor de dentro y de fuera, pues en todo le somos deudores, no hay duda sino que estas cosas son muy convenientes. En lo cual el soberano Maestro da luz de lo que debemos sentir, cuando dijo, hablando de las cosas mayores, *conviene hacerlas*; y hablando de las menores, *no conviene dejarlas* (Mt., 23, 23).

CAPITULO 77

Que la mortificación de las pasiones es lo segundo que se ha de sacar de la meditación de la Pasión de Cristo; y cómo se ha de usar este ejercicio para sacar este admirable fruto.

Lo que tras esto habéis de sacar de la meditación de la sacra Pasión, para que poco a poco vayáis subiendo de lo bajo a lo alto, ha de ser medicinar las llagas de vuestras pasiones con la medicina de la Pasión del Señor; al cual llama Isaías (11, 1) *flor de la vara de Jessé*; porque así como las flores suelen ser medios para dar salud, así Jesucristo, molido en la cruz y puesto en devota consideración sobre nuestras llagas, cuanto quier que sean peligrosas, son sanas por Él. Lo cual experimentaba San Agustín, y decía: «Cuando algún feo pensamiento me combate, voyme a las llagas de Cristo. Cuando el diablo me pone asechanzas, huyo a las entrañas de misericordia de mi Señor, y vase el demonio de mí. Si el ardor deshonesto mueve mis miembros, es apagado con acordarme de las llagas de mi Señor, el Hijo de Dios. Y en todas mis adversidades no hallé remedio de tanta eficacia como las llagas de Cristo; en aquéllas duermo seguro, y descanso sin miedo.» Lo mismo dice y experimentó San Bernardo, y experimentan todos aquellos que, viéndose acosados de sus pasiones, como la cierva lo es de los perros,